



Microrrelatos, de Kathy SERRANO

Microtextualidades
Revista Internacional de
microrrelato y minifición

Directora
Ana Calvo Revilla

Editor adjunto
Ángel Arias Urrutia

Peruana, nacida en Venezuela en 1968. Actriz y directora de teatro. Master of fine Arts, del Russian State Institute of Performing Arts de San Petersburgo, Rusia. Ha publicado varios de sus microrrelatos en la revista peruana *Plesiosaurio*, en el portal virtual Infolibre, España. Recientemente algunos de sus microrrelatos han sido seleccionados por la Editorial Sherezade de Chile, para formar parte de las micro antologías *Bestiarios*. Forma parte del libro *Una voz que existe* de la Editorial Planeta, 2019. Actualmente prepara su primer libro de prosa breve.

Número 6 pp. 207-215
ISSN: 2530-8297



Este material se publica bajo
licencia Creative Commons:
Reconocimiento-No Comercial-Sin
Derivadas
Licencia Internacional
CC-BY-NC-ND

PREVISIÓN CANINA

Una mujer delgada y de caminar extraño compró un perro en el barrio chino. Alguien le dijo que se llevaba un tesoro encerrado en aquel robusto animal. El perro, de patas musculosas y cuerpo compacto, la miró con sus negros y profundos ojos, como si la estuviera esperando hace siglos. Al llegar a la casa de la mujer, el animal se echó al pie de la cama. Ella cerró ventanas y corrió cortinas. Encendió velas. En medio de la habitación empezó a desnudarse hasta dejar en libertad una larga cola. Esta vez los días en celo no los pasaría en soledad.



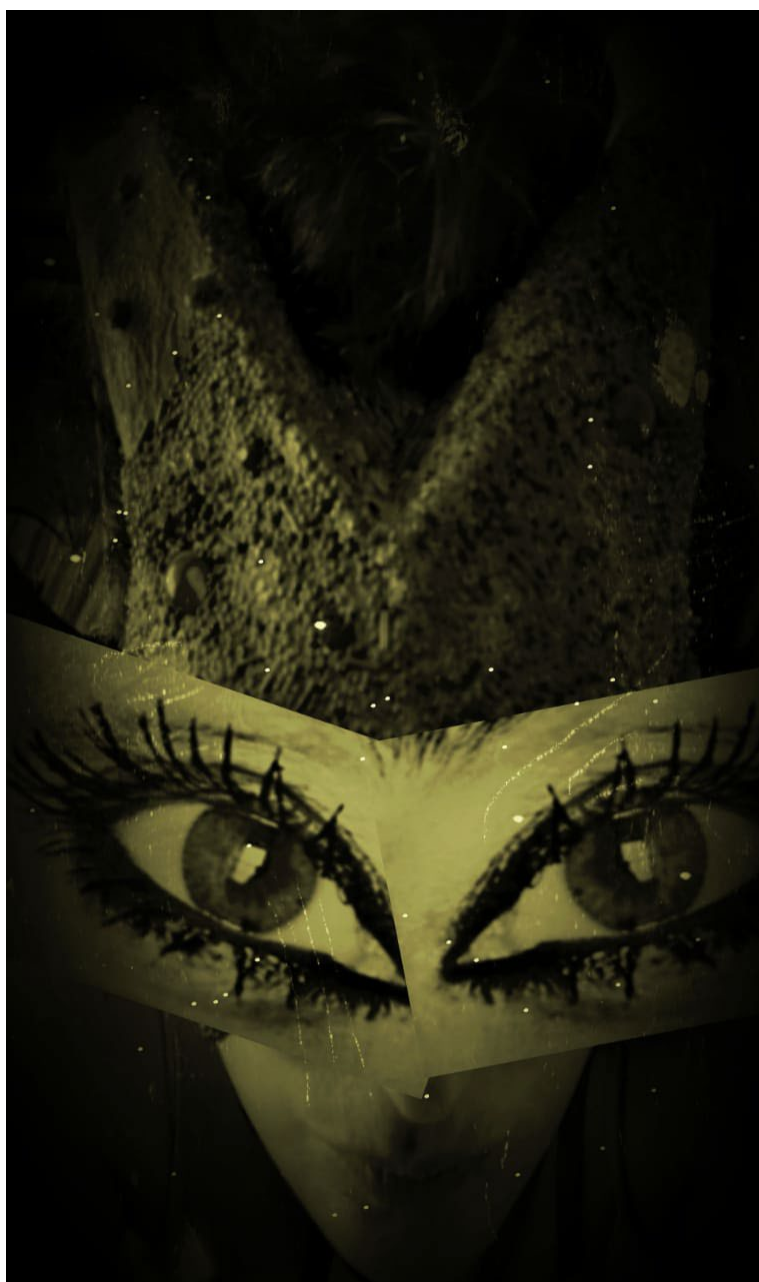
PERRO AMOR

Como cada tarde, aquel perro viejo está en la orilla mirando el mar. Junto a él, un muchacho de tronco largo y fibroso le habla sin pausa. El perro parece responderle. Por fin el muchacho le pasa la mano por el lomo. El perro lo mira unos instantes a los ojos y acerca su hocico a su cara. Parece besarlo en la frente. Luego camina hacia las aguas perdiéndose en el horizonte. El muchacho se sienta a esperar y, transcurrido un tiempo, del mar emerge un hombre a quien el muchacho parece reconocer. El Padre, por fin, ha vuelto.



APOCALIPSIS

Después del final de todos los tiempos a manos de las grandes potencias, el planeta quedó sumido en un incendio perenne. En diversos lugares del mundo, comenzaron a emerger de las llamas pequeños dragones con las alas pintadas de sangre, el lomo incrustado de brazos, piernas, cabezas humanas y el fuego rojizo brotando de sus bocas. Se dice que este nuevo espécimen guarda en su cuerpo la historia de aquella humanidad.



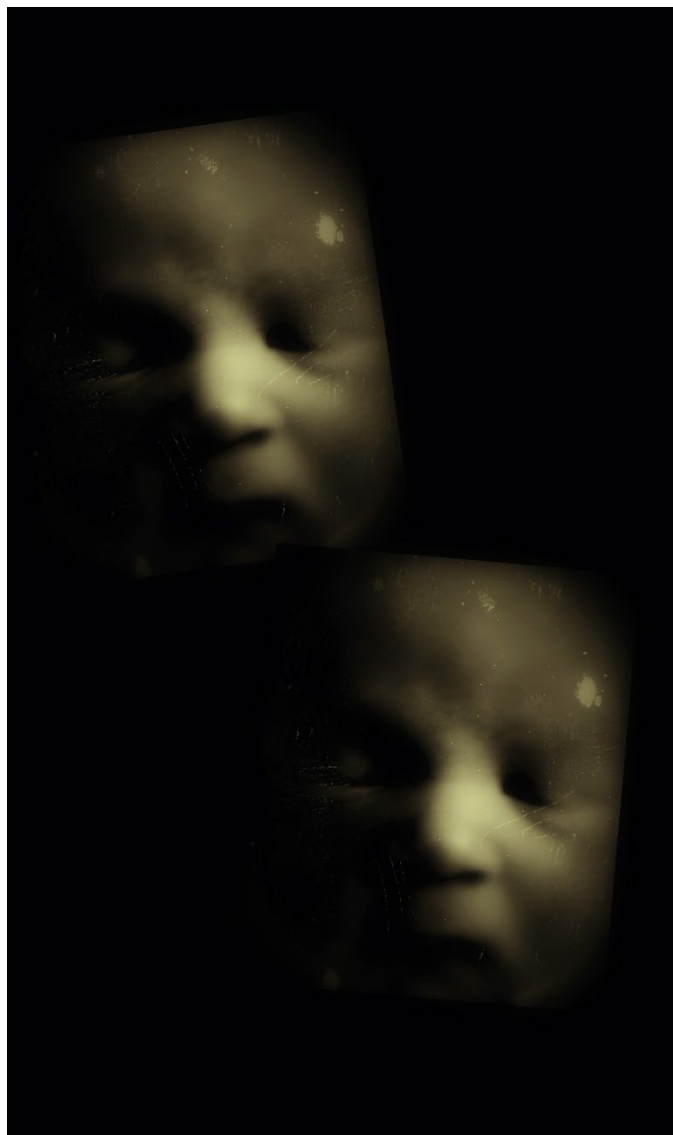
SUPERSTICIONES DE UNA DIVA

Hoy, a las 6 de la tarde, Marga Torres, la actriz que interpreta Desdémona en el nuevo montaje del teatro Real, ingresará a su camerino. Durante el proceso de maquillaje, recordará con cierta inquietud el sueño que tuvo la noche anterior: todos sus dientes blancos y relucientes cayendo de su boca envueltos en un río de sangre. Las luces del camerino le irritarán los ojos, sentirá de nuevo el temblor en su cuerpo sudoroso, ese mismo que se apoderó de ella esta mañana al despertar, mientras comprobaba presurosa que sus dientes seguían en su lugar. Una nueva ayudante de escena, vestida totalmente de amarillo, ingresará al camerino de Marga Torres, que al verla gritará perturbada que salga inmediatamente del teatro mientras, sin pausa, correrá a encerrarse en el baño. Ese color trae mala suerte, repetirá sin parar hasta que el productor, el director y hasta el actor que interpreta Otelo acudirán a calmarla, prometiéndole que tomarán todas las medidas para evitar cualquier accidente durante la función. Le dirán mil veces que son solo supersticiones y que, esa noche, el estreno no se puede postergar. Ya más serena, terminará de prepararse, mientras la imagen del gato negro que atravesó su camino al salir de casa invadirá su pensamiento. Sin embargo, a pesar del miedo, Marga Torres hará la función más intensa de su carrera y al final, después de la escena de la muerte, se levantará presurosa como comprobando que sigue viva, para recibir los aplausos de pie, de un público especialmente eufórico. Sin embargo, mañana temprano en todos los periódicos de la ciudad, la noticia de portada será el absurdo incendio del teatro Real que se llevó la vida de sus quinientos espectadores y de todo el elenco, durante el estreno de su nuevo montaje Otelo protagonizado por la gran Marga Torres.



GEMELAS

Tu y yo, llevamos buen tiempo juntas. Creí escuchar que ya son casi 9 meses. Me he sentido extraña. Las voces que vienen de afuera nos hablan a las dos. La mayor parte del tiempo han estado muy alegres o eso parecía. La que dice llamarse mamá ayer estaba haciendo ruidos raros, como si no pudiera hablar. El que dice llamarse papá le decía que deje de llorar, que todo va a estar bien. Que tenía que calmarse por nosotras. Hoy escuché que van a abrir a mamá para sacarnos de aquí. Esta vez los gritos de ella me golpearon fuerte. Creo que ya se enteraron que algo en ti no palpita.



ERUDICIÓN

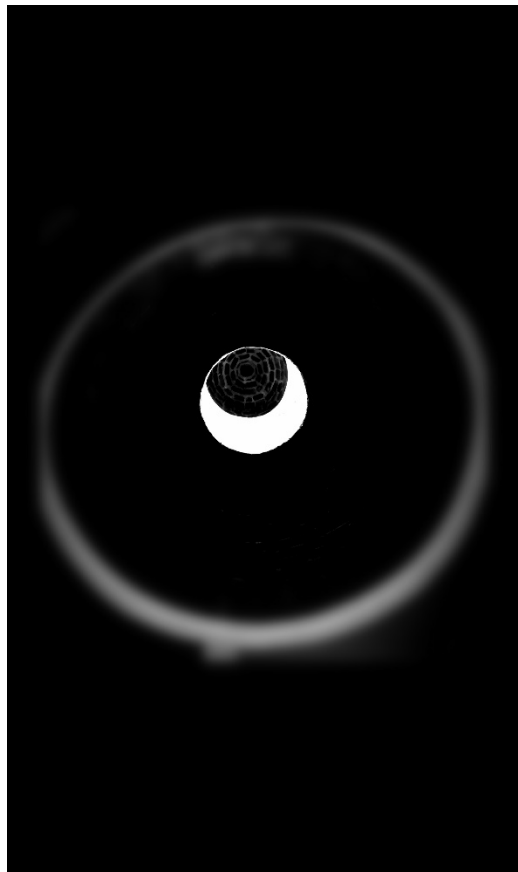
En un juzgado en pleno siglo XXV, una acusada escucha el veredicto. El jurado, compuesto principalmente por mujeres, decide condenarla por ejercer como araña, capulina, bagasa, esquinera, hurgamandera, buscona, güila, jinetera, maraca, pelandusca, lagarta, ramera, fichera, perendeca, zorra, prostituta, lagartón, jalona, peliforra, meretriz, mozcorra, madama, teibolera, prepago, furcia, golfa, callejera, pecadora, pedorra, ruter, zángana, escort, magalla, cotorrera, fulana, gorrón, perdida, guaricandilla, perra, mundaria, tusona, cellenca, zumbadora, pendanga, taconera, yira, ruca, fletera, piruja, bordiona, cantonera, lumia, zorrón, polilla. La acusada sonríe y en voz alta le dice a la mujer que lee la sentencia:

- ¡Ya deja el florero, mamita! Tanta vaina pa' decir que soy una puta.



EN QUIRÓFANO

Gisela Rodríguez es doctora en medicina general. Hoy, como siempre, ingresa al hospital Central a las 6:45 am para iniciar su jornada de trabajo. Desde que despertó, una rara sensación la acompaña, pero no puede determinar de qué se trata. Deja de pensar tonterías, se dice a sí misma, mientras sube al área donde está su locker para cambiarse y dejar sus cosas. Qué le pasa a la gente que hoy nadie saluda, se pregunta con un leve fastidio. Harta estoy de la gente amarrada a sus audífonos, se repite, como otras veces, mientras termina de ponerse su bata blanca. Atraviesa un pasillo, mientras ella misma, en un movimiento mecánico, se coloca los audífonos de su celular y le da play a su canción favorita. Olvidó su suéter blanco, lo recuerda porque la abraza un frío repentino. Camina por el pasillo que lleva hacia la Unidad de Cuidados Intensivos. Las personas a su alrededor se le hacen lejanas. Cada quien, en su mundo, piensa. Dichosa modernidad, concluye en voz alta. De improviso un contingente de enfermeras irrumpen en el pasillo empujando una camilla con una mujer cubierta de sangre, con el rostro visiblemente desfigurado. Gritos de ¡abran paso!, ¡cuidado!, ¡por aquí!, la aturden. Ella ve pasar la camilla y una sensación de ahogo la atrapa. Reacciona y va tras ellos. Las puertas del quirófano se abren y todos ingresan. La doctora Gisela Rodríguez se detiene en la entrada. Le asusta acercarse. Quiere ayudar a salvar esa vida, pero un presentimiento sin forma la paraliza. Los médicos gritan, entran, salen. Al parecer es alguien querido para ellos. La impotencia se instala en el quirófano. La mujer ha muerto. La doctora Gisela Rodríguez ve como todos comienzan a salir. Unas enfermeras lloran, otros se abrazan. Toma fuerzas y decide avanzar. Sobre la camilla reconoce a su pareja, la doctora Martínez, con quien salió de casa hace una hora. Voltea y en otra camilla que entra al quirófano, se ve a sí misma luchando por sobrevivir.



HISTORIA DE UN SUICIDIO INCONCLUSO

Todos los días atravesaba el Viaducto de la Concordia para ir al colegio. Era un puente infinito. Peligroso en cada extremo: los ladronzuelos se perdían por sus estrechas escaleras. Pero lo más común en ese puente eran los suicidas. 150 metros al vacío. Debajo del Viaducto se distinguían los techos de calaminas multicolores: casitas hechas de lata y cartón. Sus habitantes estaban acostumbrados a convivir con la muerte. Nosotros, los que vivíamos arriba, también. Por eso la noticia corrió tan rápido cuando la mujer cayó sobre aquella cama vacía y salió ilesa. Milagro, dijeron en el barrio. Es un ángel, repitieron otros. Yo la vi en el hospital Central el día que fui a visitar a mi bisabuela. La vi desde el pasillo. La puerta de su habitación estaba abierta. Ella estaba sentada en la cama, recostada sobre grandes almohadas blancas. Hermosa. Un ángel. Me quedé como hipnotizada. Era excitante imaginar cómo esa hermosa mujer había atravesado en caída libre tantos metros, había aterrizado en aquella cama y ahora estaba allí, viva. Volteó a verme. No sentí miedo. Solo recuerdo aquellos ojos enormes, negros como un abismo que me invitaba a saltar.

